

Ficción y retórica del inconsciente

Ana Santillán

*Leemos restos, trozos sueltos, fragmentos,
la unidad del sentido es ilusoria.*
Ricardo Piglia¹

Presentación

Cuando a fines de la década de 1960 Lacan dijo que *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*, concentró en ese enunciado un recorrido de años. En ese recorrido fue señalando los pasos precisos de regreso al inconsciente. De regreso al inconsciente en el sentido freudiano, el inconsciente retórico de Freud.

Este trabajo se detiene en un momento de ese itinerario: en el tiempo en que Lacan formalizó las leyes de composición del inconsciente. Y en especial, en aquellos pasajes del libro de los sueños en los que encontró el rastro de esas leyes.

Identificó en los mecanismos llamados “condensación” y “desplazamiento” –propios del trabajo de los sueños y del inconsciente– a la metáfora y a la metonimia respectivamente. Es decir, encontró que las leyes del lenguaje son homólogas a las leyes del inconsciente.

Entonces, Lacan volvió a amarrar el inconsciente al lenguaje. Y al asirlo de este modo, lo rescató de las derivas imaginarias por las que ya naufragaba, entre la confusión y hacia el olvido.

Los sueños, esas ficciones del deseo; los sueños, ese lugar *donde está todo el descubrimiento de Freud*, se ofrecieron una vez más como *una vía regia*.

De esto se ocupa el trabajo que aquí se presenta. Desde el inicio de esta investigación, la cita del epígrafe ha estado presente y resultó –quiero decirlo– una buena compañía.

¹ Piglia, R. (2005). *El último lector*. (p. 20). Buenos Aires: Anagrama.

Capitales del lenguaje: la metáfora y la metonimia

*Estas consideraciones,
por muy existentes que sean para el filósofo,
nos desvían del lugar desde donde el lenguaje
nos interroga sobre su naturaleza
(...) la ilusión
de que el significante responde
a la función de representar al significado.
Jacques Lacan²*

Desde la antigüedad, la metáfora y la metonimia, ocuparon un lugar privilegiado por sobre otras figuras. Ciertamente, la retórica las distinguió por su poder en la producción de sentido.

No obstante, a partir del análisis de la retórica, la filosofía dejó que la metáfora y la metonimia quedaran relegadas a simples ornamentos del discurso. Porque a pesar de que las aventuras del sentido nunca inquietaron a los poetas ni a los sofistas, sí fueron un problema para la filosofía. Y si fueron un problema para la filosofía, lo fueron por el vínculo que el lenguaje mantiene con la verdad. Un vínculo ineludible.

La metáfora y la metonimia, justamente a causa de sus posibilidades de engendrar sentidos, fueron una amenaza para las pretensiones de la ontología. La pretensión de que el ser, el sentido y la verdad coincidan. “Que el nombre sea el arquetipo de la cosa y que en las letras de 'rosa' esté la rosa y todo el Nilo en la palabra 'Nilo'”, como diría el poeta.

Es que en la metáfora y la metonimia está implicado un asunto con el ser. Más bien con la falta de ser. Las dos exponen este asunto: un asunto con la existencia. Por lo tanto, para aquellas filosofías que meditaron sobre el ser, la retórica significó un problema.

La retórica es fuente de equívocos. Una caja de pandora. Algo así como veneno, sorpresa, impertinencia. Y la metáfora y la metonimia son dos musas aporéticas desde donde proviene toda esa clase de males.

Entonces fue acusada de hechicera; de ser un arte errático y falaz, sentenció la filosofía. Ese fue su desprestigio y la razón de su ocaso durante veintitrés siglos.

² Lacan, J. (2002). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. En *Escritos 1*. (p. 465). Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.

Platón supo que el poder de las palabras puede ser temible: “siempre es posible que ‘el arte del bien decir’ se libere del cuidado de ‘decir la verdad’ (...), que el poder de disponer de las palabras sin las cosas, y de disponer de los hombres disponiendo de las palabras”, podría ser un peligro.³ Entonces, prefirió decir que la retórica era tan solo una cosmética; y la metáfora, un adorno para puro deleite.

En cambio Aristóteles se propuso otra cosa: frente a la potencia de la palabra se empeñó en delimitar sus usos legítimos.

A partir de allí fue quien marcó casi toda la historia ulterior. Se constituyó en la principal referencia. De hecho no hay disciplina del lenguaje que no dialogue con las definiciones aristotélicas.

Aristóteles acuñó definitivamente la palabra μεταφορά con la acepción que hoy reencontramos a través de su etimología: μετα significa más allá, fuera; y φορά (*phora*) quiere decir porte, transporte, traslado, una clase de movimiento, una modalidad del cambio, cambio según el lugar.

En definitiva, la metáfora es el traslado del sentido de una palabra a otra. O como dice Aristóteles en la “Poética”: “es el transporte a una cosa de un nombre que designa otro (...), por vía de la analogía”.⁴

En cuanto a la metonimia la definición clásica dice: “se trata de nombrar una cosa en tanto la parte por el todo”.⁵

A lo largo de la historia es posible comprobar como la suerte de la metáfora y la metonimia ha estado ligada a estas definiciones. Señalemos lo más obvio: el germen de considerar las figuras retóricas como desvíos surge de pensar que en la metáfora se trata de un sentido desplazado. Un transporte que va desde el nombre originario hacia un sentido que le es prestado, por relaciones de semejanza. De este modo la metáfora es definida en términos de desvíos respecto del nombre ordinario, del nombre propio. Dicho de otro modo: un desvío respecto de la norma.

De allí proviene la noción, aún tan habitual, entre sentido propio y sentido figurado. La elección de la palabra “figura” para denominar a los distintos modos retóricos es la prueba: recordemos que la etimología de la palabra “figura” dice que es una imagen producto de un modelado, efigie, forma, y comparte la raíz del verbo *ingere*, que es simular una realidad.

A partir de allí solo hay un paso –y una buena razón– para que la metáfora y la metonimia hayan sido relegadas a un lugar más entre otras formas retóricas. A ocupar algún magro puesto entre las viejas taxonomías.

³ Ricouer, P. (2001). *La metáfora viva*. España: Trotta.

⁴ Aristóteles. (2004). *Poética*. 1457 b 6-9. Buenos Aires: Colihue.

⁵ La definición de metonimia se puede hacer equivaler a la definición de sinécdoque.

Cabe recordar, por cierto, que esas prolijas clasificaciones borran la riqueza de aquellos debates candentes. Cabe recordar que su uso fue excluido de todo discurso que se pretendiera racional. Fueron temidas como “aquellas mujeres cuya belleza es instrumento de persuasión y de engaño”.⁶ Fue preferible que se tratara solo de una materia para los poetas.

Tuvieron que pasar muchos siglos para que, como diría Lacan, “el gigante del lenguaje recobrara su estatura por estar de pronto liberado de los lazos gulliverianos de la significación”.

Veintitrés siglos transcurrieron para que la metáfora y la metonimia ocuparan nuevamente su sitio: auténticas capitales del lenguaje. Y cuando digo “capitales” le atribuyo a esa palabra cada una de sus acepciones semánticas: lo que constituye el principio de una cosa, su parte vital, lo que ordena, los bienes de los que se dispone.

Es que cabe recordar, por último, que todo el lenguaje es metáfora, transporte, alusión, elisión, pasadizos de sentidos. Y cabe recordar que es “el mundo de las palabras el que crea el mundo de las cosas” y no al revés.

Sobre la metáfora y la metonimia en Lacan

Lacan no considera a la metáfora y metonimia en el sentido de figuras retóricas o de tropos. No encuentra en la retórica sus referencias respecto de este tema, sino que las toma de la lingüística. Primero, de la lingüística moderna del vienés Ferdinand de Saussure y, luego, de los desarrollos del lingüista ruso Roman Jakobson.

No obstante, la teoría de Lacan es completamente inédita. Si tomó en cuenta estos aportes fue solo como préstamo para hacer lo suyo. Lacan forjó una teoría propia. La razón es sencilla: su teoría sobre el lenguaje responde al funcionamiento del inconsciente.

Es allí donde encontró su fundamento: en el inconsciente. Allí encontró que se trata la dominancia del significante y de la existencia de sus leyes.

Lacan pudo reconocer que las leyes del lenguaje son homólogas a las leyes del inconsciente. Estas leyes son la metáfora y la metonimia. Entonces, Lacan eleva categóricamente a la metáfora y la metonimia al estatuto de leyes del funcionamiento del inconsciente.

Esta equivalencia responde, justamente, al hecho de que la estructura del lenguaje es la que la experiencia analítica descubrió en el inconsciente; se trata de los mismos mecanismos que Freud halló en el análisis de los sueños. Los mecanismos que Freud llamó condensación y desplazamiento que, como ya se dijo, son equivalentes a la metáfora y a la metonimia, respectivamente.

⁶ Frase extraída de la Gramática de Port-Royal.

Volviendo al inicio, la lingüística de Jakobson tomó la noción de que la metáfora y la metonimia son operaciones. Son las dos operaciones que rigen el funcionamiento del lenguaje. Ya no es una cuestión que afecta solo al nombre, a la palabra como en Aristóteles. Distinguió la existencia de una función metonímica del lenguaje y una función metafórica. Y les atribuyó la potencia de engendrar el sentido.

La metáfora hace nacer la chispa de un sentido insospechado. La metonimia crea un pasadizo a través del cual el sentido es sospechado.

Estas dos funciones –la función metafórica y la función metonímica– están implicadas necesariamente en todo acto de lenguaje. Todo acto de lenguaje supone la selección y la combinación de palabras. Es decir, que las palabras se vinculan entre sí por relaciones de sustitución y por relaciones de contigüidad.

Cuando una palabra sustituye a otra según una relación de similitud de posición, de modo tal que al ocupar esta posición en la sustitución se produce una identificación de los términos, entonces se trata de una metáfora. El efecto es la creación de un sentido nuevo, inesperado, acaso sorprendente. Lacan fue contundente: en la metáfora no se trata de analogía, ni de comparación ni de similitud, sino de identificación.

En cambio en la metonimia, las palabras se vinculan unas a otras por contigüidad. El sentido se desliza entre esas palabras, van pasando de una palabra vecina a otra. El sentido es aludido.

Recordemos algunos ejemplos: “Si para referirme a ‘casa’ digo ‘techo’, se trata de una metonimia. El sentido es aludido por evocación. En cambio, si digo ‘madriguera’, el sentido es metafórico”.⁷

Ahora bien, son en realidad, dos figuras solidarias entre sí: no es posible la sustitución sin el deslizamiento, o dicho de otro modo no es posible la metáfora sin antes opere la metonimia.

Es más, todo el lenguaje no es otra cosa que metáforas y metonimias. Es más, todo el lenguaje es sustitución, transporte, alusión, deslizamientos, pasadizos de sentido. Es más, gracias a la metáfora y a la metonimia, el lenguaje “se reproduce en su propio seno con extraordinaria y aterradora fecundidad”⁸,

⁷ Lacan, J. (2007). El Seminario *La Psicosis*. Libro III. (p.317). Buenos Aires: Paidós.

⁸ Encontramos el argumento de estas afirmaciones si recordamos al menos dos asuntos: el primer punto a tener presente es que, cuando decimos *lenguaje*, decimos “estructura del lenguaje”. Es decir que cada elemento del lenguaje (cada significante), cada unidad, obtiene su valor de acuerdo a su posición en el conjunto, posición que se rige por una combinación según leyes. Y por lo tanto, decimos que el lenguaje es un sistema de coherencia posicional.

En segundo lugar, los significantes son elementos diferenciales, “cada uno es lo que los otros no son”. Son pura diferencia. Por lo tanto, respecto de la producción del sentido, se trata del privilegio del significante, de la autonomía absoluta del significante por sobre el significado.

puesto que la me la metáfora y la metonimia son las dos vertientes de las que surge el sentido.

Ni el sentido, ni la significación se producen por la unión entre el significante y el significado, como propone la definición de signo saussuriano. Lacan rompe con esa unidad imaginaria. Lacan rompe con “la ilusión de que el significante responde a la función de representar al significado”. Es decir, que el significante que no está atado a ningún significado puede ponerse a significar cualquier cosa. No hay sentido propio. Se trata, por el contrario, del dominio del significante.

La raíz de este hallazgo es indudablemente freudiana y tiene consecuencias fundamentales respecto del concepto de inconsciente.

El inconsciente no es una pajarera imaginaria

*después de tantos siglos
de hipocresía religiosa y de fanfarronería filosófica,
todavía no se haya articulado válidamente nada
de lo que liga a la metáfora con la cuestión del ser
y a la metonimia con su falta...*

Jacques Lacan⁹

El lugar en el que habita el inconsciente es en los dominios del significante. Es ese su topos, su lugar. Y ese es el lugar donde acontece el inconsciente, cuando acontece, entre las palabras. El inconsciente no es una cosa que pervive o que subyace vaya a saber dónde y desde cuándo. El inconsciente “es pura elucubración de lenguaje”.

Su estatuto no es óntico, no remite a ningún ser, pues no hay tal ser. No hay ser, ni hay esencia, ni sentido propio. El lenguaje lo demuestra. Por lo tanto, el inconsciente no es sustancia, es pura materialidad; como pura materialidad es el lenguaje.

Algo de esto es lo que leemos cuando, en la página cuatrocientos ochenta y uno del escrito “La instancia de la letra..”, Lacan dice que la tópica del inconsciente es la misma que define el algoritmo. Las consecuencias de esta afirmación son decisivas para el concepto de inconsciente.

Puesto que no hay sentido propio, la idea de inconsciente como depósito de sentidos es imposible. El inconsciente- por así decirlo- se vacía. Es terminar

⁹ Lacan, J. (2008). *Escritos I*. La instancia de la letra. (p. 494). Buenos Aires: Siglo XXI.

con cualquier idea del inconsciente como recipiente de recuerdos, como sede de los instintos, como lugar de las profundidades del alma, de los simbolismos, de las oscuridades irracionales. En fin, es desechar cualquier imaginaria romántica. Vaciar esa pajarera imaginaria en la que se había convertido el inconsciente: puro desorden imaginario que reducía su vuelo al aleteo de pajaritos bobos.

Y como si fuera poco, permitió formalizar la legalidad a la que responde: Un inconsciente sometido a la legalidad simbólica del lenguaje. No se trata ni de la sinrazón ni de lo irracional, sino, muy por lo contrario, del funcionamiento de una nueva razón descubierta por Freud en “La interpretación de los sueños”.

¿Qué descubrió Freud en los sueños? Que se trata allí de la satisfacción de un deseo. Que el sueño no es otra cosa que ficciones en las que el sentido de un deseo se desliza entre pasadizos, casi secretos. Que los sueños son metáforas de un deseo. Y que el deseo es siempre metonímico. Está allí, aludido. En fuga, burlando la censura. En fuga, siempre en fuga, puesto que no hay una cosa, un objeto que le sea propio. Que ese es su motor y esa es su causa.

El deseo como secreto: el sueño

Freud descubrió, ya lo sabemos, que el sueño es un texto en el que un deseo secretamente cifrado busca satisfacerse. Un deseo reprimido, diría Freud. El verdadero creador del sueño y la fuente de la que se nutre.

La trama de los sueños -que Freud llamó contenido manifiesto- no es otra cosa que un disfraz. Un disfraz para enmascarar el deseo. Y a eso responde su apariencia: a veces absurda, ajena, extraña; otras, inofensiva o disparatada; o en ocasiones, “puede poseer una composición tersa como la de una creación literaria, o bien ser confuso hasta resultar incomprensible, casi como un delirio”. Cuanto más estricta reine la censura, tanto más extremado será el disfraz y más ingenioso.

Para esto, el sueño dispone de todos los recursos y la finura que puede tener el lenguaje. Echa mano de todo tipo de figuras retóricas. Su urdimbre creadora está hecha de esa química que prestan las palabras.

Los sueños no son otra cosa que ficciones del deseo. Un acertijo. Su sentido se encuentra en su aparente sinsentido. Su sentido secreto, su sentido aludido, su sentido sustraído, es el deseo.

Tal es su función y su sentido. ¿Y su valor? El relato de un sueño equivale a “cualquier otro tipo de comunicación en un análisis, con la posibilidad de averiguar algo nuevo, de recibir una clase de comunicación que de otro modo

habría permanecido inaccesible”.¹⁰ Media para esto, por supuesto, un trabajo de lectura.

Los maestros artesanos: condensación y desplazamiento

Un sueño es una escritura en imágenes. Es Un *rébus*¹¹.

Para establecerlas las reglas de escritura que operan, Freud partió de la siguiente hipótesis: el texto del sueño, que llamó “contenido manifiesto”, es el sustituto de pensamientos inconscientes, a los que denominó “pensamientos o contenidos latentes del sueño”. Entonces el contenido manifiesto, es “el sustituto desfigurado de los pensamientos oníricos inconscientes que están obligados a adoptar un disfraz encubridor”.

Las palabras son transpuestas en imágenes. La imagen es, simplemente, el soporte del que se ha valido el lenguaje en su conversión al lenguaje del sueño. Esta transposición no se produce al azar, sino que responde a ciertas reglas que permiten su transformación. Reglas que, como en toda escritura, son una condición necesaria.

Esas reglas de composición para la elaboración del sueño son el desplazamiento y la condensación. “Esos dos maestros artesanos”,¹² para quienes las palabras son los hilos con los cuales traman su texto, “y a cuya actividad podemos atribuir principalmente la configuración del sueño”.

El desplazamiento es un modo eficaz de burlar la censura. Se funda en la omisión o elisión de una representación que estaría cargada de intensidad. Es decir, como bien lo señala su etimología, *elidere* significa “expulsión”. Y esa intensidad es transferida a otra representación próxima, contigua, con el fin de que resulte inocua.

Entonces el desplazamiento es una transferencia de una representación a otra representación que se encuentra contigua. Esta definición coincide con la definición lacaniana de metonimia: Se trata del deslizamiento de un significante hacia otro significante contiguo, en el que el sentido es aludido”.¹³

Estos pensamientos estuvieron obligados a adoptar un disfraz encubridor. En el pasaje entre el original y su traducción, operan las reglas de composición

¹⁰ Freud, S. (2005). *Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis*. Revisión de la doctrina de los sueños (p. 9). Tomo IV. Obras Completas. Buenos Ares: Amorrortu. (1900).

¹¹ “Los *rébus* son acertijos gráficos en los que, a partir del significante o el significado de los elementos icónicos o simbólicos, debe reconstruirse una frase”. Nota a pie de página en el Escrito *Función y campo de la palabra y el lenguaje en Psicoanálisis*. J. Lacan

¹² Freud, S. *La interpretación de los sueños*. (p. 313). Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.

¹³ Freud, S. *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. Conferencia III. (p. 30). Buenos Aires: Amorrortu.

que ya hemos descripto, y que permiten el pasaje de “una lengua a otra”. De esa “lengua extranjera”, que es la lengua del inconsciente, aunque sea la misma que la de nuestro lenguaje cotidiano.

“Las palabras que allí se combinan ya no carecen de sentido, sino que pueden dar por resultado la más bella y significativa sentencia poética”, insiste Freud.

Y como ya sabemos, un texto depende de la disposición de quien lee. El lector hace al texto. Del mismo modo, la lectura de un sueño depende de su lector. El analista, como lector, determina el texto del sueño, su interpretación.

Por eso, Freud recomienda a los analistas que para no desorientar se en la interpretación, aprendan a discernir las leyes que rigen la composición de ese texto que es el sueño. Ésta es la vía acertada para que los sueños se vuelvan legibles. Recomienda no tomar los signos en su valor figural (no darle valor a las imágenes como tales), sino según su referencia a los signos del lenguaje (a su valor signante). Freud insiste: “No confundir la pictografía con una composición pictórica”.¹⁴ “Equivocaríamos manifiestamente el camino si quisiéramos leer esos según su valor figural en lugar de hacerlo según su referencia a los signos del lenguaje”.

Como ya se dijo, el relato del sueño no es otra cosa que una frase; y como tal, responde a las leyes y a la lógica del significante. Esto implica al menos dos cosas: que es esta lógica la que le otorga al sueño su legalidad y por ende, su posibilidad de lectura. Por lo tanto, el sentido de los sueños sólo se halla en un análisis del lenguaje.

En el análisis del sueño, Freud no pretende darnos otra cosa que las leyes del inconsciente en su extensión más general. Cuando Lacan destacó que el lenguaje y el inconsciente comparten una misma estructura, ordenó el campo que había abierto Freud. Este orden, esta razón, se traduce en el aforismo que domina toda la obra de Lacan: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”.

¹⁴ Freud, S. (2005). El trabajo del sueño. En *La interpretación de los sueños*. (pp.285-343) Obras Completas. Vol.4. Buenos Aires: Amorrortu. (1900).

El sueño es un *rébus* (...), y nuestros predecesores en el campo de la interpretación de los sueños cometieron el error de juzgar la pictografía como composición pictórica. Como tal, les pareció absurda y carente de valor”.

Bibliografía general

Freud, S. (2005) El trabajo del sueño. En *La interpretación de los sueños*. (pp.285-343) Obras Completas. Vol.4. Buenos Aires: Amorrortu. (1900).

Lacan, J. (2005). El seminario sobre Las psicosis. Libro III. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2002). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. En Escritos 1. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.

Lacan, J. (2005). El seminario sobre las formaciones del inconsciente. Libro Buenos Aires: Paidós (1957-1958).

Quignard, P. (2006). *La retórica especulativa*. Buenos Aires: El cuenco de Plata.

Porge, E. (2000). *Jacques Lacan, un psicoanalista. Recorrido de una enseñanza*. Madrid: Síntesis.

Ricouer, P. (1977). *La metáfora viva*. Buenos Aires: Megálopolis.

